

La pandilla del mercado: cárcel y poder

Dagoberto Gutiérrez

I

Hasta ahora, una parte de la sociedad se refiere al conjunto de pandillas y a los miembros de ellas con el calificativo de *maras*, cuando en realidad, a estas alturas del conflicto, el fenómeno parece tener características más definidas, pero también más encubiertas.

La figura de las maras tiene el significado de establecer algo inconstante e irregular, expresa un fenómeno irregular, aunque en camino aparente a convertirse en una organización. Así, una mara parece equivaler a algo que se está organizando, que se está formando, en el que participan gentes de las barriadas, muchachas y muchachos de las periferias, que no parecen tener nada en la vida, y además, no pertenecen a nada y a nadie, son como expresiones sociales insignificantes que buscan en la mara alguna significación. Se trata de seres anónimos, sin rostro y sin voz, sin nombres conocidos, que dan un primer paso para ganar un nombre y una identificación.

Aun no estamos en el terreno de la identidad, pero estamos situados en un territorio en el que, desde la sombra, muchachos y muchachas intentan un viaje desde el ser hacia el no ser, desde lo ignoto a lo conocido. Y así se llega a la identificación, al establecimiento de una serie de rasgos, nombres, distintivos, palabras, y hasta lenguaje, que pueden determinar, finalmente, una identidad. La mara parece ser esta escaramuza inicial para salir de las sombras.

Es importante saber de dónde salen estos grupos iniciales conocidos como *maras* para explicarnos el proceso subsiguiente que se abre como los pétalos de las flores. Este fenómeno se construye en las alcobas sangrientas de la exclusión y la marginalidad. Estas son oscuras, cercadas por muros, con seres humanos expulsados hasta de la vista pública, y excluidos de la salud, la educación, el trabajo, el mercado, y toda existencia civil. Es decir, gente que no puede alcanzar el grado máximo en la sociedad de mercado, que es llegar a ser consumidor.

Esta calidad de consumidor resulta ser una especie de ciudadanía otorgada por el mercado, y así como el Estado hace ciudadano hace ciudadano al ser humano para que vote en las elecciones, el mercado lo hace consumidor para que adquiera mercancías. Esto equivale a votar, porque el consumidor, al igual que el votante, carece de opción.

Pues bien, estos seres humanos que se mueven en la exclusión no llegan a ser consumidores y están, por eso, al margen de la vida civil, es decir, marginados de todo funcionamiento válido en lo que se llama, sociológicamente, sociedad civil. Desde esas sombras aparecen las maras, como una expresión que libera y enfrenta ese anonimato. Y así, miles y miles de marginados se hacen presentes, ganan voz y rompen su silencio. La mara fue todo esto y se inscribe en este proceso de exclusión socio económico a manos del mercado.

Este proceso ha tenido una ruta sostenida y alimentada poderosamente. Estos grupos iniciales que dieron identificación a una humanidad excluida, se transformaron en pandillas y este fue un proceso

inexorable, es decir, indetenible e irreversible. Se entendió, en la medida en que se descubrió, que la agrupación permite ganar fuerza, y la fuerza puede ser convertida en poder. Aquí se cruza por una especie de transición cuando estas fuerzas excluidas descubren un territorio sin control, con seres humanos como ellos, que carecen de salud y de todo lo que en las Constituciones se llaman *derechos*, con seres que siendo ciudadanos agonizan, sin embargo, como seres humanos. Que no tienen organización, que viven dispersos, y descubren que ellos son más fuertes y que pueden controlar estos territorios y a las personas que viven en ellos.

Se ha entrado, de una manera casi natural, a un proceso de construcción de poder. Y así, se transforma la relación de las maras con las comunidades, y la relación de estas maras consigo mismas. Al cambiar la relación con las personas controladas también cambia la relación al interior de estos grupos organizados que estamos llamando maras. Se trata de un proceso dual que camina hacia afuera y también hacia adentro y crea las condiciones para la conformación de la pandilla.

El marero es así sustituido por el pandillero, y aunque esto no es ni maquinal ni mecánico, ha funcionado y funciona en la sociedad, porque una pandilla resulta ser una expresión de poder y no solo de fuerza. Es decir, que aparece un proceso de legitimación de la fuerza al interior de los grupos que les da a sus jefaturas capacidad de control y de toma de decisiones, esto es, de condiciones para adueñarse de los territorios, sometidos a *su jurisdicción*, que pasan a ser una especie de propiedad de una u otra pandilla.

Llegados a este punto, necesitamos esclarecer de donde toman las pandillas su sustento ideológico y lo que pudiera llamarse su filosofía, es decir, de donde viene su visión del mundo, sus valores, su ética y su inteligencia. Aquí se descubre que es el mercado el que fundamenta el desempeño de las pandillas.

Esto no es sorprendente, dado que el mercado es el regulador de la sociedad, el amo de millones de consumidores que sustituyen, como hemos dicho, a los ciudadanos que nunca fueron. Veremos después cómo opera esta relación entre pandilla y mercado.

II

La pandilla, al hacerse dueña y controladora de un territorio, también se apropia de la población que ocupa ese territorio y su crecimiento pandillero se basa en el reclutamiento voluntario o forzoso de los jóvenes que viven en esos lugares. Esta pandilla le da a sus integrantes sentido de pertenencia a partir del cual se construye una fortaleza identitaria que le permite al pandillero considerarse diferente o mejor que el o los miembros que pertenecen a otra pandilla.

Hemos dicho que la pandilla construye alrededor de sus miembros un sentido de fuerza que funciona como un antídoto ante su vulnerabilidad social y su condición de excluido. Esa fuerza equivale a ser alguien en el mundo, a hacerse ver y escuchar. Aunque esto funcione, en ciertos niveles, solamente frente a otras pandillas, porque no siempre el o la pandillero tienen un sentido de país o de sociedad.

En este aspecto es importante tomar en cuenta que la pandilla, al nutrirse de la filosofía del mercado, comparte el sentido reducido de la humanidad propio del mercado. Sus valores, la ignorancia y desconocimiento del Estado, la apropiación del territorio, tal como lo hace el mercado, el ejercicio permanente de la fuerza y la imposición de un reparto del pastel social.

Todo este proceso es desarrollado abajo en la sociedad, en el mundo pobre y vulnerable, sin tener relaciones hasta ahora, y no de manera organizada, conocida, con el mundo de arriba, el de los bancos, los grandes comercios y poderosos negociantes. Sin embargo, funciona una relación estructural, inevitable y mutuamente conveniente, entre instituciones del mundo de arriba y la capacidad económica de las pandillas.

La pandilla construye entre sus miembros una relación de fuerza, pero también de apoyo, de comunicación y de jefaturas. Se trata de una especie de experimento social, pero con puertas y ventanas cerradas hacia la sociedad, aun cuando los pandilleros operan en la sociedad. Se trata de una experiencia parecida a la de los militares cuando son formados en los cuarteles, sin contacto externo y fuera de la vista de la ciudadanía, que ignora lo que ocurre al interior de esos cuarteles. Es en este aspecto que establecemos ese nexo con las pandillas.

La pandilla les da a sus miembros personalidad y así, no es lo mismo ser pandillero de la MS que ser de la 18, o de otra pandilla. Se trata, aparentemente, de categorías diferentes y de personalidades diferentes, aun cuando las personas tengan un origen social similar. Pero pueden enfrascarse en una confrontación frontal por el control de territorio. Por cierto, esto es algo normal en experiencias políticas diferentes, en donde el territorio es también objeto de disputa que pueden llegar a ser peligrosas. Tal como ocurre en aquellas guerras de guerrilla, en donde no se han alcanzado todavía los acuerdos políticos convenientes. Cuando esto ocurre, el territorio es uno de los aspectos a negociar para evitar fricciones o conflictos, y son respetados por los diferentes ejércitos los territorios controlados por otras fuerzas.

La relación pandilla-territorio comprende los vínculos entre pandillas y las relaciones con la población residente. En ambos terrenos opera una especie de guerra mortal, en virtud de la cual la pandilla decide dónde pueden o deben vivir las personas y dónde no pueden hacerlo. Lo mismo ocurre en las relaciones inter-pandillas, que no pueden operar indiscriminadamente en cualquier lugar, y en algunos casos, no pueden ni pasar líneas fronterizas imaginarias que cruzan calles, barrios o barrancos. Cualquier transgresión de la voluntad pandillera puede equivaler a la muerte.

La pandilla opera con mucha certeza y seguridad, precisamente porque en la sociedad hay ausencia total del Estado, y en ciertos lugares y circunstancias, la pandilla puede llegar a ser una fuerza que da seguridad a la comunidad y puede organizar la vida de las personas.

Cuando el accionar del Estado se expresa en el trabajo policial, las pandillas saben que tienen una cancha abierta para su desempeño porque la Policía Nacional Civil (PNC) carece de las condiciones, el ánimo, la naturaleza y hasta la vocación para acometer funciones que superan, con mucho, sus posibilidades y capacidades. Así las cosas, la pandilla disputa con otras pandillas, pero no con un Estado invisible, el control de los territorios, y las poblaciones residentes aparecen como impotentes, sin capacidad de respuesta, en manos de las organizaciones pandilleras.

Es notorio, hasta ahora, que las pandillas parecen carecer de una visión política sobre el Estado y la sociedad; pero esto no debe obnubilar la visión acerca de que el ejercicio del poder y su choque con fuerzas policiales y militares, despierta en las pandillas su calidad de fuerzas políticas, capaces de contar con opinión y posición sobre el país, el gobierno, los poderes, y, probablemente, hasta opciones de país y sociedad. Y en algunos niveles, es de prever el funcionamiento de probables y eventuales negociaciones o acuerdos, o diálogos, con poderes estatales. Esto quiere decir que no se trata de fuerzas sociales uniformes, que puedan ser consideradas simplemente como fuerzas delincuenciales, sin tomar en cuenta la reciedumbre de las consideraciones que buscan ubicar los diferentes colores que nutren al fenómeno.

III

En el abordaje de este tema, hemos establecido un proceso que construye como escenario fundante la total exclusión económica a la que el modelo neoliberal somete a la población situada en los niveles inferiores de la sociedad. En esa exclusión aparecen los grupos iniciales de muchachos y muchachas disidentes del orden brutal que los hunde y oprime. No son trabajadores y no se trata, por eso, de gente que vende su fuerza de trabajo. Entonces, se puede pensar que no son explotados, pero sí son excluidos.

Esta disidencia no llega a construir ni a expresar un orden nuevo, y es conocida en la sociedad con el término genérico y casi discrecional de “maras”.

Estas maras se están extendiendo rápida y permanentemente, expresando que la sociedad salvadoreña es un caldo de cultivo también permanente para esta especie de grupos desafectos ante el orden neoliberal. En realidad no llegan a elaborar un mundo alternativo, pero deciden una construcción de vida aparte, que incluye su propia comunicación, con su propio alfabeto y el inicio de una organización social diferente y superior.

Se trata de un proceso interno en donde las maras se transforman en pandillas y dejan de ser grupos irregulares y transitorios e informales, para alcanzar estabilidad, permanencia plena, entrega y compromiso total, casi de vida y muerte, a un determinado credo y a una jefatura que es obedecida a sangre y fuego. La pandilla adquiere poder económico a través de la renta [lo que en otras circunstancias se conoció como impuesto revolucionario], y el sistema de cobro establecido requiere total lealtad y total control. Cualquier irregularidad o incumplimiento puede ser pagada con la vida misma. Al mismo tiempo, la pandilla ha ganado poder político y lentamente se va convirtiendo en un poder semi-clandestino que controla la vida de las personas que habitan en un territorio determinado.

Usamos la figura de poder político con un sentido de dominación y no con el sentido de poder obediente al que nos adherimos. Esta es la naturaleza del poder que se exige al funcionario, es decir, la persona que administra un poder ajeno que pertenece al pueblo, del cual es simplemente un delegado y no tiene más facultades que las que expresamente le da la ley. Por supuesto que los funcionarios no ejercen el poder obediente al que nos referimos, sino el poder dominante, similar al de las pandillas. Es el poder que supone la fuerza y, en el caso del funcionario, presupone la

corrupción. Esta es la corrupción del poder político, referida al funcionario; pero en el caso de la pandilla, hablamos de poder político para referirnos al dominio que la pandilla ha llegado a ejercer sobre determinados territorios del país.

Este dominio viene ciertamente de la fuerza y del miedo. El mando de la pandilla realiza ejecuciones ejemplificadoras, inclementes, que están diciendo a las personas lo que les va a ocurrir en caso de desobediencia.

Es el mismo método usado por Josué, el Josué bíblico, en la ciudad de Jericó, cuando ordenó degollar a toda la población; y el mismo método usado por Hernán Cortez en Cholula, cuando avanzaba hacia Tenochtitlan. Es el miedo como presupuesto de la obediencia y del sometimiento. Y los jefes de las pandillas conocen esto a plenitud y lo aplican inflexiblemente.

Los territorios han sido previamente abandonados por el Estado que ha entregado el control al mercado; y a este mercado solo le interesa el territorio como habitación de consumidores que deben dedicarse a comprar las mercancías a toda costa.

Así las cosas, observamos que en los territorios conviven en armonía y sin conflicto preponderante el mercado y la pandilla. Es cierto que la renta abarca a los mercaderes que entran a los territorios, que pagan una especie de peaje y que simplemente lo presupuestan y se lo pasan al consumidor. Pero se establece una especie de convivencia entre el mercado y la pandilla, compartiendo el dominio sobre el territorio y sobre sus habitantes: el mercado lo ocupa y lo domina mediante la distribución de sus mercancías, y los habitantes deben ser consumidores fieles, permanentes y leales. Para eso está el aparato ideológico de Estado que ha construido en la subjetividad de las personas el férreo edificio del consumo como el más alto símbolo de la vida.

La pandilla controla a la comunidad, sin chocar con el mercado, y extrae de parte de la misma el dinero de la renta, que sin duda adquirirá diferentes formas y tamaños, pero que se basa en la fuerza más permanente y más brutal. Este fenómeno se establece justamente abajo en la sociedad, en los niveles periféricos, donde se mueven los excluidos, en donde están los abandonados por el Estado y controlados por el mercado. En cierto modo, la pandilla es como el orden construido abajo y que garantiza el funcionamiento del mercado.

Aquí encontramos una relación insospechada entre mercado y pandilla y descubrimos los nexos entre una y otra fuerza:

- Ambas fuerzas son brutales e inclementes y existen y funcionan por sí mismas, no necesitan justificarse ni fundamentarse. Simplemente son, están ahí y deben ser acatadas. Han establecido términos de convivencia y hasta coordinación.
- El mercado proporciona a la pandilla su filosofía y sus métodos. Los pandilleros usan ropa y prendas de vestir destacadas en la publicidad, y sin duda, sus mandos también funcionan como empresarios u hombres de negocios, con sus medios de transporte y su presencia adecuada, de tal manera que todo parezca como una actividad de negocios. Es decir, como ejerciendo la más legítima, sagrada, correcta y conveniente actividad que el ser humano puede llegar a ejercer. Es la actividad mercantil que hace de la otra persona un consumidor.
- La pandilla controla y somete el territorio donde opera el mercado sin dificultad, y sustituye

- al Estado imponiendo y cobrando tributo, así como el Estado impone los impuestos.
- Hay un proceso de legitimación de una actividad pandilleril que adquiere la forma de un negocio y hasta de una simple actividad mercantil de donde nace un poder económico, incontrolado e incuestionable, que sin duda se incorporará en determinadas formas a las venas y arterias del mercado. Pero esto no aparece a simple vista, porque la pandilla es presentada y hasta representada como un simple símbolo de delincuencia y de delincuentes, sin mostrar sus significados no evidentes y sus relaciones con el poder político que se viene ejerciendo en nuestro país por décadas.
 - La pandilla, al igual que el mercado, ejerce un poder económico, ideológico y político, pero ha construido también, al igual que el mercado, un poder militar. Este es consustancial a toda actividad mercantil. Por eso, cada banco tiene una especie de ejército propio y cada negocio tiene personas armadas a su servicio, y cada empresa de seguridad hace negocio con su ejército de hombres armados. De tal manera que ese poder militar es al mismo tiempo un poder mercantil que se compra y se vende, se alquila, y sus soldados son hombres y mujeres uniformados, brutalmente explotados, en distintos lugares del territorio. Este es un sangramiento social brutal, que es sin embargo legitimado, y aparece como seguridad. El nombre opera como una especie de agua bendita que busca ennoblecer una explotación sin límites.
 - Pues bien, la pandilla adopta la misma lógica y arma a sus unidades, y puede llegar a convertirse en la seguridad que, basada en el terror, extiende su control sobre más territorio. Mientras tanto, el Estado, o a lo que estamos llamando Estado, que es un conjunto de aparatos que son instrumentos mercantiles, o el ámbito donde se hacen negocios, precisamente privados, y donde ha desaparecido el sentido público que la Constitución establece; esos aparatos que estamos llamando Estado entran en conflicto con las pandillas, pero no entran en conflicto con el mercado.

Es necesario comentar esta relación.

IV

La relación mercado-pandilla constituye, como hemos dicho, un proceso consustancial que les identifica. En cambio, la relación Estado-pandilla tiene un sentido institucional, es decir, instrumental. Veámoslo así:

Para el Estado, las llamadas instituciones son instrumentos que viabilizan el ejercicio del poder. Se trata de un poder que pertenece al pueblo, que es una potencia, pero cuyo ejercicio real solo es posible a través de las instituciones. Así las cosas, la pandilla, que por años ha impuesto su fuerza, ha pasado a transformar esta fuerza -basada en las armas, en el atropello, el miedo-, en poder, y se ha erigido en titular de ese poder.

Recordemos que, en el caso del Estado, se llaman funcionarios a los que ejercen el poder del pueblo y lo usan en su nombre, alejados y por encima de los titulares de ese poder. En el caso de las pandillas, la fuerza y el control se ejercen en un territorio donde la gente vive, duerme, convive,

muere y es enterrada. Y ahí, en esa comunidad, hay una fuerza permanente, día y noche, que llega a convertirse en el poder que norma las vidas, que impone impuestos y se constituye en la autoridad, tal y como ocurre con el llamado Estado.

Dentro de la filosofía neoliberal, el Estado prácticamente desaparece y es sustituido por el mercado. Los territorios son abandonados y también las comunidades. La gente no importa más que como votantes y como objeto de negociación con las agencias internacionales de crédito, pero, en ningún caso, el Estado responde de ninguna persona, ni de los derechos de nadie. Precisamente así se construye el territorio en el que la pandilla se desarrolla.

No se trata de un proceso de sustitución, porque sencillamente la pandilla es otro poder -que al igual que el Estado, ha surgido de la misma gente-, que simplemente ha llenado un vacío abierto por el neoliberalismo, y ha descubierto cómo la realidad física puede ser usada en actividades lucrativas, una vez es controlada y dominada políticamente. Este territorio, al funcionar como un botín de guerra, es motivo de confrontación mortal entre las mismas pandillas, y es, en este punto, donde nace la confrontación pandilla-Estado.

Ya tenemos a 3 sujetos del drama de la guerra social: la pandilla, el mercado y el Estado. Agreguemos otro factor, o si se quiere, otro sujeto, que es el poder del narcotráfico. Este es un poder planetario que influye en los imperios, en la banca, industria, en riquezas y en pobreza. Se sabe que el mercado más fluido y ventajoso para el negocio de las drogas es la sociedad estadounidense, y llegar a ese mercado exige abrir y cerrar las rutas más adecuadas y útiles. Es algo así como la ruta de la seda, que comunicaba a Occidente con Oriente, desde los puntos más recónditos de Europa y Asia.

Esa ruta de la seda también funciona para llevar las sustancias hacia el norte, desde el centro de América. Todo esto tiene que ver con rutas, puntos de paso, bodegas, transporte, y sin dudas, toda la actividad empresarial que presupone tamaño negocio. Y aquí, controlar el territorio resulta ser la parte clave y decisiva. Precisamente por eso, el territorio es el punto neurálgico del diferendo entre la pandilla y el Estado.

Recordemos que la palabra Guerra Social no aparece en el vocabulario oficial, cuyos voceros hablan de violencia o de delincuencia, manteniendo la bandera de la paz como una llama supuestamente encendida, pese a las tormentas. Las pandillas han sido mencionadas marginalmente y toda la problemática delicada que se desarrolla en el territorio social ha sido ignorada por el Estado. De repente, porque se puede usar esta palabra con esquinas y con filo, el Estado aparece en una confrontación y hasta en una guerra, tal como dijo en una ocasión el Presidente de la República.

De la noche a la mañana se pasa de la aparente ignorancia del fenómeno a ubicarlo en el lugar correspondiente al mayor problema del país. Y todo aparece en cuestión de horas y de días, como si no hubiese sido precedido de una reflexión o elaboración sobre el fenómeno. En realidad, el Estado ha tenido el conocimiento necesario, pero, solo al comprender a la pandilla como la fuerza dueña de un territorio que el Estado, o parte de su aparato, también necesita, es que estalla la confrontación, porque resulta ser inevitable, aun cuando tenga riesgos políticos.

Aquel Estado que aparece recuperando territorios no controlados es débil y con enemigos insuperables. En el caso salvadoreño, para el gobierno resultó ineludible la confrontación. Solo puntualicemos que no se trata de un Estado que está defendiendo el derecho a la seguridad, a la salud, al trabajo, de los habitantes del territorio, no le interesan sus funciones públicas ni los seres humanos que ahí habitan. Se trata simplemente de la pelea por el control. Es probable que esta confrontación no sea con todas las pandillas, sino solo con alguna de ellas. También es esperable una temporalidad en la confrontación, de acuerdo a quien resulte victorioso o de acuerdo a las conveniencias políticas y hasta económicas.

Se trata de una confrontación empresarial donde la PNC, que aparece en la primera línea de fuego, en una guerra que no le corresponde, no es en realidad esa primera línea, y mientras aumenta el número de bajas, las pandillas también aumentan su control y autoridad sobre territorios urbanos y rurales. Y así, en este pequeñísimo país, la población es sometida por el poder del mercado, del Estado y de la pandilla. Se construye una autoridad que no es más que la pura fuerza disfrazada e impuesta a sangre y fuego, contando con el silencio, la ceguera y la ausencia del Estado.

Toda esta situación afecta la orfandad y el abandono de los seres humanos porque a la falta de recursos para la vida se agrega la falta de esperanza y la ausencia de la dignidad, y toda esta mezcla cultiva una parálisis que es necesario romper para que al fin las comunidades se asuman como dueñas reales de un poder real que está en sus manos. Pero será necesaria la movilización y organización de ese poder para enfrentarse con éxito a las fuerzas triples que en este momento encadenan a las comunidades.

**Vicerrector de la Universidad Luterana Salvadoreña*

Voces.org.sv. Extractado por La Haine